

CATOLICOS FRANCESES EN LA RESISTENCIA

Es posible que fuera de Francia no falte quien se admire de que los católicos franceses luchasen, en el movimiento de resistencia, codo con codo, del lado de elementos de izquierda, y hasta de los mismos comunistas

Para entender tal modo de unión, es preciso recordar, antes de nada, que en Francia, la denominación de derechas e izquierdas se refiere, ante todo al campo social, y no al campo religioso. Las diferentes posiciones políticas no se explican por las diferentes actitudes ante la cuestión religiosa, sino en el campo nacional, o sea, en la defensa exterior, en la expansión de la esfera de acción patriótica y, sobre todo, en el campo social, punto vital por excelencia en cualquier país

Por tanto, si en el terreno de la resistencia los elementos católicos se unieron a elementos de izquierda —en el sentido más amplio del término— es que, primeramente, tratábase de conseguir la "unión sagrada", en presencia del peligro común. Añádase a esto que no todos esos elementos de izquierda eran extremistas. Las "izquierdas" en Francia presentan variados matices bien distintos, y no ha sido la forma de colaboración la misma con todos los partidos, de la misma manera que éstos no han colaborado del mismo modo siempre con los católicos. Algunos, en 1939, en los tiempos de la connivencia germano-rusa se abstendían de colaborar con un gobierno, que estaba en guerra con Alemania. Esos mismos un año más tarde, negaban su simpatía a un

gobierno que entonces colaboraba con el invasor.

En ese entretanto las alianzas habíanse invertido y el pacto se había reducido a guerra ruso-germana. "Hoy somos amigos, —decía un comunista franco y leal, a un joven sacerdote, el mes de Abril de 1944— pero, si esta tarde recibiera de mis jefes orden para asesinarlo, no lo dudaría un momento". A lo que el sacerdote respondió: "Muy agradecido. No desconocíamos esta obediencia ciega".

Una tercera razón hemos de incluir todavía para esta unión de católicos con la izquierda: la lucha contra el nazismo encontraba entusiasmo en todos cuantos se interesaban por las reformas sociales y por un ideal de libertad. Los católicos que habían leído la encíclica papal "Mit brennender Sorge", contra el nazismo, habían igualmente leído las encíclicas "Rerum novarum" y "Quadragesimo anno" sin olvidar la "Divini Redemptoris" contra el comunismo ateo.

—000—

Precisaba esta pequeña introducción, que detallase bien el significado de ciertos términos muy en boga en todos los países, pero que no presentan siempre el mismo sentido.

Así se explica por qué en Francia muchos católicos se juntaron en el campo de la resistencia a elementos políticos que, en sana lógica los debería separar, dadas sus ideologías doctrinales tan opuestas.

Es cierto que muchos otros católicos,

sobre todo entre el clero, preferían actuar independientemente de cualquier partido. El católico francés de hecho consideraba en las fuerzas ocupantes no sólo al enemigo que torturaba a la patria, sino además y sobretodo, al nazi cuya doctrina, tantas veces y tan claramente había sido condenada por la Iglesia. Este nazi se esforzaba por difundir su doctrina, por descristianizar a Francia, por llegar a realizar un programa inmoral. Era por tanto deber de los católicos hablar y actuar.

En una Francia amordazada, sólo se publicaban impresos censurados, donde el ejército ocupante imponía su redacción (fijando para ciertos artículos hasta los caracteres de imprenta y su disposición en las páginas). Naturalmente, al poco tiempo, comenzó a aparecer la imprenta clandestina, semanal o mensual, de formato muy reducido, en tipografías improvisadas, a la tarde o durante la noche (recordemos las "Editions de minuit"). Imprimir o colaborar en esas publicaciones significaba arriesgar la vida. Propagarla equivalía a aventurar la libertad.

A partir de 1941, un valiente sacerdote, el jesuita P. Chaillot, escribía en "El Combate" algunos artículos contra el nazismo. Mas luego se persuadió que no era conveniente mezclar dos puntos de vista tan diferentes, la defensa nacional con la defensa religiosa. Por eso, trató de organizar en Lión, a fines de 1941, "Les Cahiers du Témoignage Chrétien". Eran fascículos que se publicaban cada dos o cada tres meses. Incluían documentos: cartas sobre la persecución nazi, del episcopado alemán, belga o francés. Narraciones de las atrocidades alemanas en Polonia, en Alsacia y Lorena, etc. Difiriendo de ciertos periódicos clandestinos, se abstenía de cualquier polémica partidista o personal y se esforzaba por suministrar elementos de construcción.

En el último año de ocupación lanzóse una publicación más frecuente y más popular: "Le Courrier Mensuel du Témoignage Chrétien". Después de la liberación (en la Francia liberada) pasó a ser semanal, impresa y difundida ahora a la luz del día. Más tarde, el "Témoignage Chrétien" fué conocido y leído por toda Francia. Clandestinamente pasaba las líneas de demarcación. De enorme eficacia y muy apreciada. Católicos y no católicos esforzabanse por

difundirla. Los estudiantes no eran los últimos en esta actividad.

Y no era ésta la única publicación católica por esos tiempos. Surgían por doquiera nuevos folletos multicopiados hasta impresos. Por ejemplo, "A travers le défer" de Jacques Maritain, o también la misma encíclica "Mit brennender Sorge" contra el nazismo. Tal vez, fué durante el periodo de ocupación, cuando se hizo el mayor número de ediciones de esa encíclica en Francia. Y no había recelo de enviarla a los soldados franceses prisioneros en Alemania, disimulada en paquetes de alimentos o artículos de vestuario.

Mencionemos también ediciones del **Mito del siglo XX** con el fin de esclarecer conocimientos a los lectores y, dicho sea de paso, estos extractos no dejaban de encontrar favor de parte del ocupante, muchas veces satisfecho de ver difundida en Francia "la buena doctrina".

Por fin voces más autorizadas hicieron oír. Su Excia. el Arzobispo de Toulouse, por ejemplo, no dejó de dirigir a sus diócesanos cartas llenas de valentía, aun en el tiempo de ocupación alemana más severa: la carta sobre la dignidad humana, a propósito de la persecución contra los judíos; la carta sobre la dignidad de la mujer, con ocasión de la requisita de mujeres para el trabajo obligatorio; la carta a los obreros que debían partir para Alemania por esa misma razón. Del mismo modo, el Cardenal Gerlier, y Mons. Théas, Obispo de Montauban, para hablar sólo de los más conocidos. Estas cartas, evidentemente, no podían ser impresas, pero eran multicopiadas y pasaban de mano en mano. Eran el grito de la conciencia cristiana, la afirmación de la fe católica, ante la herejía nazi, que todo lo invadía.

A los hechos respondíamos con los hechos; oponíamos la acción contra la acción.

En el mes de Agosto de 1942, comenzaron las deportaciones de los judíos. Por toda Francia, aún en la zona que se llamaba libre, se detenía a familias judías, aun a criaturas de tierna edad. Por entonces sólo eran alcanzados los judíos extranjeros, sobre todo, los originarios de lo que en ese tiempo se llamaba el Gran Reich, esto es, del conjunto de territorios ocupados. La detención de judíos franceses, comenzó sólo

algunos meses más tarde, por lo menos en la zona del Sur.

Reuníanlos en campos de concentración y después enviábanlos en vagones de ganado a la Silesia o a Polonia, donde les esperaban los hornos crematorios o las cámaras de gases. En seguida se separaba a los esposos de sus señoras y de las criaturas, lo que daba ocasión a escenas desgarradoras.

Se despertó entre los católicos un auténtico movimiento de caridad. Por todas partes escondíase a judíos —hombres, mujeres y niños— en casas religiosas, en casas particulares. Tal género de caridad acarrea grandes dificultades, como era de preveer. De hecho, cómo hallar recursos para huéspedes clandestinos, en un país donde todo se encontraba racionado? Además de eso era sumamente peligroso tratar con judíos. Cítase el caso de una religiosa de la Asunción, que, según su instituto, se encontraba hospedada en casa de una familia pobre, a fin de asistir a un enfermo y ayudar al gobierno de la casa. Ahora bien, tratábase de judíos refugiados y la Gestapo dió orden de prender a todos los habitantes del hogar. También la religiosa fué detenida. Las autoridades eclesíásticas dieron los pasos necesarios para que fuese puesta en libertad. Los alemanes sólo proponían una condición: que denunciase a todos los judíos que ella conociese. Negóse a esto y tomó, con sus protegidos, el camino del exterminio.

En esta obra de caridad los católicos se asociaron con los protestantes y colaboraron con ellos. Hubieron también de aceptar la colaboración de jóvenes judíos, particularmente de los boy-scouts israelitas, que se mantuvieron siempre a pesar de las órdenes de disolución dadas por el gobierno. Continuaron existiendo y realizaron magnífico papel. Esa colaboración entre católicos y protestantes, revestía carácter oficial, sobretodo en las regiones del Sudeste. Ya en 1938, con ocasión del "Anschluss", el P. Chaillot fundó en Lión las "Amitiés chrétiennes", bajo la presidencia honoraria del Cardenal Gerlier y del Pastor Boegner. Unieronse los católicos a los protestantes, con el objeto de llevar ayuda y socorro a los refugiados austriacos, que huyan de la anexión nazi; distribuían socorros a los refugiados de necesidad, y abrían albergues para acogerlos.

Cuando, más tarde, fué ocupada Francia, las "Amitiés Chrétiennes" ya contaban con un pasado de experiencia. Intensificaron el dinamismo, ampararon el programa y desplegaron una actividad maravillosa, hasta el día (en 1943) en que intervino la Gestapo.

Dentro del campo de la actividad de las "Amitiés chrétiennes" el 11 de Noviembre de 1942, el mismo día en que los alemanes entraban en la ciudad de Limoges, se reunían en la casa del Pastor protestante algunos caballeros católicos y hugonotes, a fin de obtener mejor coordinación de los esfuerzos. No se trataba de política, sino únicamente de caridad y de salvaguardar los principios cristianos.

Fruto de las mismas actividades de las "Amitiés chrétiennes", fué la organización en Lión de los primeros socorros a los deportados judíos, con el apoyo oficial del Cardenal Gerlier. En la imposibilidad de salvar a los adultos ya detenidos, dedicáronse, por lo menos, a salvar a sus hijos y en primer lugar, a conseguir que los sacasen del campo de Venissieux. Aprovechando con mucha habilidad ciertas expresiones vagas, por cierto involuntarias, de las órdenes policiales, las "Amitiés chrétiennes" propusieron a las familias que confiases al Cardenal Gerlier sus hijos "hasta la vuelta de sus padres". Para el efecto circulaban por el campo formularios multicopiados. el jefe de familia pedía al Cardenal que se encargase de sus hijos. La hoja especificaba también la religión en que deseaban fueran educados éstos —dejando a los padres la libre elección, que fué absolutamente respetada—. Esas hojas quedaron depositadas en el Palacio Arzobispal y los infelices fueron dispersados u ocultados por familias e instituciones católicas o protestantes.

Esto sucedía el 26 de agosto de 1942. Pocos días después, el Gobernador Civil intimó a las "Amitiés chrétiennes" y después al Cardenal Gerlier que entregase aquellos muchachos a las autoridades alemanas que las reclamaban. El Cardenal respondió por teléfono "Esos muchachos nos fueron confiados por sus padres; no los entregaremos". Estaban bien escondidos; no fueron entregados. El sábado siguiente, en la sinagoga de Lión, el gran rabino de Francia elogió el interés y la entereza del Cardenal

y de las "Amitiés chrétiennes" por la causa de los perseguidos.

A pesar de tantas preocupaciones, continuaban las detenciones y deportaciones de judíos. Los que debían partir no quedaban en el abandono. No faltaba quien les procurase provisiones para el viaje y quien se encargase de sus últimos deseos y hasta quien los acompañase. En setiembre de 1942, una joven estudiante, excelente católica y jocista, acompañó voluntariamente en un vagón de ganado, a una leva de mujeres judías hasta la línea de demarcación (Vierzon).— Hubo policías que con celo excesivo pensaron en ponerla también a ella en manos de los alemanes. Todavía lo que le resultó más penoso fué observar desconfianza hasta de parte de aquellas infelices a las cuales atendía. Acostumbradas solamente a malos tratos e injurias veían en ella un miembro disfrazado de la Gestapo y llegaron a insultarla. Digamos ya que esta actitud de parte de sus protegidas constituía un caso aislado. En general, no se engañaban y sabían luego reconocer la verdadera caridad.

El día 13 de setiembre de 1942, un domingo, una judía detenida en el campo de Rivesaltes, apártase del grupo, antes de ser llamada para la partida. Acercándose a un sacerdote que, acompañado de otros dos colegas y de algunos miembros de diferentes obras de socorro, se esforzaban por libertar el mayor número posible de judíos, le dijo en alemán: "Padre, soy judía; jamás hubiera creído que pudiéramos encontrar tanta atención y socorro (Zuflucht) de parte de los sacerdotes católicos. Los señores no podrían hacer más de lo que han hecho Uds por nosotros".

Así aprendieron los perseguidos a conocer a los cristianos en general y a los católicos en particular. De esta colaboración caritativa nacerán amistades y desaparecerán prejuicios. El rabino Deutsch decía un día a sus seminaristas rabinicos en Limoges: "Hasta ahora, sólo tenía prevenciones contra la Iglesia Católica, ahora, desde que conozco al Padre X, me han desaparecido totalmente y creo que no las podré tener en adelante". No se limitaban las "Amitiés Chrétiennes" a socorrer solamente a los judíos. Otros perseguidos reclamaban su ayuda.

Los judíos fueron los primeros en recibir sus cuidados. Tenía razón el guarda francés, que en el campo de Rivesaltes me decía en setiembre de 1942: "Hoy son ellos, mañana seremos nosotros y nuestros hijos". Después de los judíos vinieron las deportaciones para el "trabajo obligatorio".

Había también ciertas clases de alsacianos y loreños que los alemanes pretendían movilizar en la "Wer macht" bajo la pena de ser declarados "desertores". Así se fué extendiendo el campo de actividades de esta entidad. Eran tantos los "sospechosos", los "refractarios", que debían ser escondidos y de lo contrario encaminados para Suiza, España o para el "Maquis".

Piénsese solamente en lo que significa arreglar falsos documentos civiles para toda esta gente, colocarla en sitios donde no se suscitasen sospechas y después encaminar a la frontera a estos "foragidos". Un día, era una fiera que se descubría y quince jóvenes holandeses que volvían precipitadamente, al caer de la noche, desde los Pirineos a Toulouse, urgía entonces encontrarles albergue, conservarlos escondidos durante unas tres semanas, e idear otra puerta de salida.

No faltaban espías de quien era preciso desconfiar; ni faltaban tampoco profesionales que se aprovechaban de la ocasión para exigir enormes gratificaciones. En general, sin embargo, el desinterés era completo sólo el dedicarse a la causa de la religión, de la patria. Vivíase en esto aquella palabra del Evangelio: no hay mayor prueba de amor que dar la vida. Era, de hecho, la vida la que se ponía en juego. Y no faltaron mártires de la caridad. El Padre Montcheuil, S. J., profesor de Teología en el Instituto Católico de París, pasaba las vacantes como enfermero de los Maquis en Saboya. Y el botiquín de urgencia se instaló en una gruta. Cierta día un destacamento alemán apodérase de ella. Avisan al Padre para que huya. No lo quiso; se presentó allá. Fué fusilado al mismo tiempo que todos los heridos fueron despedazados a culatazos. Otro jesuita dirigíase para dar un retiro espiritual en un Maquis. Cayó en manos de los milicianos que lo fusilaron.

Es larga la lista de sacerdotes, religiosos y seglares católicos, hombres y

jóvenes que supieron dar la vida o sacrificar la libertad. Sólo en la Diócesis de París, que cuenta con unos 2 000 sacerdotes regulares y seculares, 49 fueron presos y deportados. Muchos otros, perseguidos, tuvieron que vivir escondidos. Es sabido cómo Mons. Pigué, Obispo de Clermont-Ferrand, acusado de tener escondidos en la Diócesis algunos sacerdotes que habían ayudado a los Maquis, fué preso por la Gestapo, cuando acababa de celebrar, de gran Pontifical, en la fiesta de Pentecostés del año de 1944. Deportado al campo de Natzwiller, donde fué maltratado a fuerza de golpes hasta perder los sentidos, y después al campo de Dachau, de donde pudo volver a su Diócesis. Mons. Theas, Obispo de Montaubant, protestó públicamente contra la persecución de varias residencias parroquiales de su Diócesis. Fué también puesto preso, y, si no llegó a los campos de concentración, débese al avance de los ejércitos aliados. Mons. Bruno de Solages, Rector del Instituto Católico de Toulouse, fué deportado al campo de Dachau. Y tantos otros casos como estos...

En todas estas actividades no se retraían de colaborar con los que no estaban "de nuestro lado". El fuego ardía en casa; no era tiempo propicio pa-

ra discusiones de principios. Tratábase de salvar vidas humanas: por eso nada de vacilaciones.

Estos recuerdos incompletos y esporádicos, quedaron bien grabados en la memoria y en el corazón de quien escribe estas líneas. Recuerdo de un período trágico durante el cual de día y de noche pesaba la amenaza de caída o de muerte. Y con todo fueron días que aún hoy los recordamos con nostalgia.

Exponer así la existencia por los demás en una única preocupación de salvar vidas y libertades, ¿no sería realizar la palabra del Maestro, cuando hablaba de la mayor prueba de amor? Aquel contacto en medio del peligro, en el sufrimiento, hace caer muchos prejuicios. Hombres que hasta entonces desconfiaban o se desconocían, comienzan a entrevistarse, descubren que son hermanos. De ahí, la ayuda, la estima mutua. En medio de aquellos afanes, tan llenos pero tan peligrosos, hubo heroísmos silenciosos y escondidos que quedaron desconocidos para siempre. Pero ¿qué importa si con ello aprendemos, ¿qué importa si por ello aprendemos a no desconfiar para el futuro...?

R o g e r B r a u n , S . J .

